

de sus baterías, comenzando entonces un furioso cañoneo contra las posiciones francesas, al que nuestras baterías de la guardia contestaron con buen resultado. Como la infantería se hallaba demasiado extenuada para que pudiera echarse mano de ella, Federico Carlos reunió toda la caballería de que podía disponer en aquella parte del campo de batalla, á saber, los coraceros y los hulanos de la brigada Grüter y los húsares de la brigada Rauch, y la lanzó á todo evento. Los asaltantes, que sólo podían guiarse por los fogonazos de los cañones y de los fusiles franceses, atravesaron algunas líneas de tiradores, pero luego, fusilados á mansalva por nuestros infantes, retrocedieron, después de haber perdido al general de Grüter, herido mortalmente. Habíase llegado al límite extremo de las fuerzas humanas y nada más podía ya conseguirse. La obscuridad era completa y las únicas claridades que se percibían eran las de Rezonville que estaba ardiendo; pero aquel ataque audaz é inesperado, aquel asalto *in extremis* interrumpido por la noche, dejaba la impresión de una fuerza indomable que tarde ó temprano había de prevalecer. No quería otra cosa el príncipe Federico Carlos, y en su concepto, aquel resultado puramente moral, aunque alcanzado á costa de mucha sangre, no había sido comprado á un precio demasiado alto.

XIV

Tal fué aquella batalla, una de las más grandes de los tiempos modernos, y á la que se ha denominado á menudo *batalla de Gravelotte*, á veces también *batalla de Mars-la-Tour*, y asimismo, aunque más raramente, *batalla de Vionville*. Gravelotte fué el lugar en donde se amontonaron nuestras reservas; pero allí no se combatía; sobre Mars-la-Tour se encaminó el 4.º cuerpo, pero si bien llegó casi á tocarla, no entró en ella; y en cuanto á Vionville, hubimos de abandonarla desde el principio de la acción. Una designación más exacta es la de *batalla de Rezonville*, del nombre de la aldea que el 2.º cuerpo defendió por la mañana, que la guardia protegió por la tarde y que Federico Carlos bombardeó al anochecer. Este nombre tampoco despierta una imagen completa, puesto que fuera de Rezonville se desarrolló el gran esfuerzo de Ladmirault; pero, en la imposibilidad de señalar con un nombre solo una acción tan compleja, aquel es el menos inexacto que se pueda escoger, y según todas las probabilidades, será el que se perpetuará al través de los siglos.

Cada batalla lleva en sí un signo propio que permite reconocerla; aquella deja la impresión desconsoladora de una gran victoria desperdiciada. Habríase podido triunfar por la mañana apoyando vigorosamente á Frossard, más tarde sosteniendo á Canrobert y al atardecer llevando en socorro de Ladmirault todas las fuerzas disponibles; pero todo lo malogró la inercia.

Al principio de la jornada teníamos una superioridad numérica abrumadora, y esta ventaja subsistía aún por la noche, después que los alemanes hubieron recibido sus refuerzos; en efecto, las fuerzas alemanas no pasaron nunca de 90.000 hombres y el ejército francés, distribuído entre Gravelotte, Rezonville, Saint-Marcel y Doncourt, tenía, sin contar los regimientos que todavía estaban en camino, un efectivo total de cerca de 140.000.

Pero véase lo que es una ineptia extraña ó una extraña desgracia: muy superiores en conjunto á nuestros enemigos, las más de las veces nos encontramos en menor número que ellos en los lugares en donde se libraban los combates decisivos.

Si examinamos el planó de la batalla y observamos la situación de los cuerpos, nos sorprende la incoherencia que parece haberlos dispersado: en todas partes hay poca ó mucha caballería inutilizada; en los alrededores de Gravelotte hay acumulados grandes núcleos de tropas inactivas, de las que sólo se echará mano tardía y parcialmente; las posiciones más amenazadas parecen las menos desguarnecidas; al 6.º cuerpo, ya de suyo muy incompleto, se le merma una división, la división Levassor-Sorval, que permanece cerca de Rezonville; el 3.º cuerpo sólo lo vemos en fracciones; la 3.ª división (división Metman) está todavía en el camino de Metz; la 1.ª (división Montaudón), á su llegada á Villers, es apartada de su ruta y conducida al ala izquierda y sólo una de sus brigadas es utilizada activamente, puesto que la otra se queda en el lindero del bosque de los Oignons; la división de caballería Clerambault pónela el general Lebœuf á la disposición de Ladmirault (1), y, salvo un ligero combate del 4.º de dragones, ningún servicio presta al uno ni al otro. Quedan las divisiones Aymard y Nayral, ambas situadas cerca de los lugares en donde un refuerzo oportuno había de decidir la victoria; pero la primera se mantiene en reserva ó sirve para cubrir bajas, y la segunda es llevada, á las cuatro, desde Saint-Marcel á Gravelotte, en donde no combate, y conducida nuevamente, poco después, á Saint-Marcel, en donde tampoco lucha (2), ya que, según los documentos oficiales, sólo tuvo dos muertos y 12 heridos. Bien puede decirse que aquella jornada fué la de las fuerzas no utilizadas.

A las últimas claridades del día, vióse que dos divisiones se unían al resto del ejército: eran, en el 4.º cuerpo, la división Lorencez, que llegaba á Doncourt; y en el 3.º, la división Metman, que salía de Gravelotte. La historia de una y otra había sido lamentable. La división Lorencez, aprisionada la noche antes en una interminable columna de bagajes, había empleado quince horas en recorrer nueve kilómetros; había sido preciso conceder á los soldados, enervados por las paradas y muertos de hambre, un alto para preparar el rancho, y hasta las tres no se había reanudado la marcha, llegando al término de la etapa cuando ya todo había concluído. Muy parecida había sido la suerte de la división Metman, agravada además por un error de ruta. Cuando los batallones de Metman, que se dirigían á Verneville, llegaron á la Malmaison, muchos oficiales que los vieron pasar no disimularon su sorpresa ni su impaciencia (3): «No es demasiado pronto, decían unos... Lo mismo que en Forbach,» añadían otros; pero la culpa no era tanto de los jefes de división como del comandante en jefe, que ni había indicado de un modo concreto los caminos de marcha, ni había cuidado de que estuvieran libres. Gracias á la imprevisión, faltaban dos divisiones; de esta suerte, el día de la batalla recibíase

(1) Diario de marcha del 3.º cuerpo.

(2) Relato del general Nayral de la batalla de Rezonville.

(3) Notas del general de Geslin (*Revue d'histoire*, noviembre de 1903, pág. 442).

el castigo de la incuria que en la marcha había presido.

Si las batallas no llevadas hasta sus últimas consecuencias fuesen batallas poco sangrientas, quedaría el consuelo de la poca importancia de los sacrificios; pero aquella lucha, que quedó indecisa, fué tan costosa como si hubiese sido decisiva. Los estados más fidedignos estimaron posteriormente en 13.700 hombres el número de los muertos, heridos y desaparecidos (1); las pérdidas de los alemanes, aún más considerables, pasaron de 15.000 (2). En las cercanías de Flavigny y por la parte de la *Maison-Blanche*, el espectáculo era horrible; más horrible aún en el barranco del *Fond de la cuve*, en donde los cadáveres estaban amontonados en la cima de otros, pues casi no habían tenido espacio en donde caer. En la meseta que se alzaba al Sur de la *vía romana*, de los hulanos de la Marca y los coraceros de Magdeburgo yacían unos al lado de otros envueltos en sus armaduras. Los magníficos uniformes de los oficiales, sus magníficos equipos, sus joyas, todos los refinamientos lujosos que sobrevivían á la muerte, habían de justificar los rumores de defunciones ilustres. En nuestros vivaques se hablaba de grandes personajes, de príncipes encontrados entre las víctimas, y los relatos, abultados de boca en boca, habían de llegar en los días siguientes hasta París, con todo el aspecto de una leyenda.

Nuestras tropas habían instalado sus vivaques en las inmediaciones de Doncourt, de Saint-Marcel, de Rezonville y de Gravelotte. Al abrumador calor del día había sucedido casi sin transición una noche fría en extremo; nuestros soldados secaban junto á las hogueras sus uniformes hace poco empapados de sudor y ahora mojados por la humedad. Sólo en las avanzadas se oía de tarde en tarde alguna descarga. Los nuestros, extenuados por la fatiga y por el hambre, sólo tenían, en muchos regimientos, un poco de galleta para reparar sus fuerzas; mas, á pesar del cansancio y de las privaciones, la esperanza los animaba. Durante todo el día habían contenido al enemigo; al día siguiente, de fijo sería éste rechazado: así hablaban los oficiales y los soldados. «Os felicito por vuestro triunfo,» escribió Lebœuf á Bazaine. En el 4.º cuerpo, que tan cerca había tenido la victoria, reinaban la confianza y la alegría: Ladmirault felicitaba á Cisse y éste abrazaba á los coroneles; 400 prisioneros alineados entre las tiendas y una bandera cogida al enemigo eran los testimonios de un valor que sólo pedía nueva ocasión de manifestarse.

Todo había de depender de Bazaine, el cual había llegado á esa hora suprema en que la posteridad debía recoger todas sus resoluciones, y aquella noche que comenzaba había de ser el momento más decisivo de su vida.

Apenas terminada la batalla, había conversado con Frossard, Bourbaki y Canrobert, tomando después nuevamente el camino de Gravelotte, en el que encontró un cierto número de infantes no heridos, pero desbandados, que parecían huir ó esconderse, espectáculo que, según algunos han afirmado, no dejó de impresionarle, grabando en su mente la idea de nuestra debili-

(1) *Revue d'histoire*, abril de 1904, pág. 196.

(2) *La guerre franco-allemande*, redactada por la sección histórica del gran estado mayor prusiano, tomo I, anexos. pág. 178.

dad. El mariscal llegó á la casa en donde había dormido el emperador. En el estado mayor se discutía mucho: aquellos jefes no eran partidarios de una nueva batalla, pero menos aún opinaban en pro del regreso á Metz; la opinión general era que el ejército debía cuanto antes encaminarse hacia el Nordeste. Llegado que hubo Bazaine, Jarrás le pidió órdenes: «Ya os avisaré,» respondióle el mariscal. ¿Había resuelto ya entonces el general en jefe retirarse? Cabe dudarlo, porque en aquel mismo instante pareció aceptar la indicación de un intendente, el Sr. Preval, que le propuso ir á Metz en busca de víveres. A las once Bazaine hizo llamar á Jarrás y le dictó un despacho circular para los comandantes de cuerpo, en el que invocaba la escasez de municiones y de víveres y ordenaba que el ejército se aproximara á la plaza. A las primeras líneas, Jarrás, aunque subordinado obediente hasta la pasividad, sintióse dominado por una gran emoción; pero se guardó de formular objeción alguna, porque pensó que Bazaine, que había visto á los jefes de cuerpo, conocía mejor que nadie la situación de las cosas; esto aparte de que, si realmente faltaban las subsistencias y sobre todo las municiones, lo más urgente era proveerse de unas y otras. El mariscal, sin embargo, pudo observar entre los que le rodeaban una gran sorpresa y aun algo de reprobación, por lo que les dijo: «Si alguno tiene algo que proponerme, estoy dispuesto á escucharle.» Todos guardaron silencio y el comandante en jefe, como si hallara consigo mismo, añadió: «Es preciso salvar el ejército y para ello hay que llevarlo nuevamente á Metz.» Después siguió dictando: el 2.º cuerpo debía tomar posiciones entre el Point-du-Jour y Rozerieulles; el 3.º había de distribuirse entre las granjas de Moscou y Leipzig; el 4.º se dirigiría á Montigny-la-Grange y Amanvillers; el 6.º se replegaría sobre Verneville, y la Guardia, retrocediendo hasta las murallas de la plaza, ocuparía Plappeville y Lessy (3). Redactóse un parte para el emperador, que permitiría presentar la resolución. El ejército iba voluntariamente á colocarse otra vez dentro del círculo que nuestros enemigos aspiraban á cerrar.

XV

Durante la noche, los oficiales de estado mayor fueron en busca de los comandantes de cuerpo y les comunicaron las órdenes de Bazaine: Lebœuf les recibió á las dos de la madrugada; Canrobert una hora después. Antes del alba todos estaban advertidos, excepto Ladmirault que no tuvo conocimiento de las instrucciones del mariscal hasta las nueve.

La división Metman, del 3.º cuerpo, había de cubrir la retirada. Apenas amaneció, la larga columna de bagajes que mandaba el coronel Fay se escalonó en la calzada de Gravelotte á Metz, camino que habían de seguir también la reserva general de artillería, el 2.º cuerpo y la Guardia. El 3.º y el 6.º cuerpos debían tomar los caminos de Bagneux, de Villers-au-Bois y de Verneville. En los alrededores de Doncourt, los soldados de Ladmirault descansaban todavía en sus vivaques.

La etapa era corta, de cinco ó seis kilómetros para

(3) *Journal de marche de l'armée du Rhin*, 17 de agosto.

los más próximos á sus nuevos campamentos y de diez á doce para los más distantes. Cerca de Gravelotte, en el cruce de la Malmaison, en el desfiladero del Mance, una aglomeración inextricable suspendió la marcha de todas las columnas que se habían quedado atrás, y el movimiento que había de restituírnos á Metz amenazaba ser tan laborioso como el que poco antes nos había alejado de aquella plaza. Los comandantes de división ó de brigada procuraron á porfía los unos encontrar caminos de travesía y los otros confiarse á la dirección de algunos guías para llegar, á campo traviesa, á sus campamentos. En medio de aquellas enervantes esperas, los oficiales y hasta los soldados prorumpían en exclamaciones de sorpresa: aquel camino recorrido la antevíspera y luego desandado desconcertaba todos los cálculos, y aquellas tropas en quienes la jornada de la víspera había dejado la impresión de triunfo logrado ó por lo menos compartido, no comprendían, no podían comprender esta retirada, casi esta fuga, después de una casi victoria.

Lo que en las masas era impresión vaga, transformábase en el ánimo de los jefes en estupefacción inmensa. Si una batalla parecía demasiado arriesgada, siquiera quedaba libre el camino para retirarse, no ciertamente por Mars-la-Tour, pero sí tal vez por Conflans y positivamente, al Nordeste, por Briey. De todos los comandantes de cuerpo el más sorprendido y contristado fué Ladmirault: al despuntar el día, una comunicación enviada al general Du Barail había hecho presentir las decisiones del mariscal, y cuando algunas horas después recibió las órdenes oficiales, sólo el espíritu de disciplina pudo contener en él los ímpetus rebeldes de la perspicacia. «Obedezcamos,» dijo á sus oficiales con resignación consternada. A las once, sus tropas abandonaron sus vivaques; en cuanto á él permaneció en las últimas filas de la retaguardia, sumiso, pero desconsolado, y en el momento de dejar Doncourt, mandó hacer alto y, subiendo á una eminencia, interrogó largo rato el horizonte. Quedábale aún una débil, una frágil esperanza, la de que un movimiento inesperado, una persecución del enemigo obligaran á combatir en vez de retirarse.

Una consideración, sin embargo, imponía el silencio: Bazaine, para motivar la retirada, había invocado dos razones muy graves, la falta de víveres y la escasez de municiones. «Nada podíamos objetar, declaró posteriormente Canrobert; cuando un general en jefe escribe tales cosas, no hay más remedio que inclinarse (1);» y el mismo Ladmirault decía á los oficiales de su Estado mayor: «El mariscal posee sin duda datos de conjunto cuyo alcance y cuyas consecuencias nosotros no podemos apreciar (2).» ¡Cuál no hubiera sido la reprobación si se hubiese sabido, como después se supo, que la afirmación de Bazaine descansaba sobre un doble error! Efectivamente, á pesar de ciertas penurias parciales, los víveres no estaban tan escasos que la necesidad de abastecerse obligara á suspender la marcha; y de todos modos, durante la noche se podía enviar á buscar á Metz todo lo que hacía falta. En cuanto á las

(1) *Procès Bazaine*, declaración Canrobert (audiencia del 21 de octubre de 1873).

(2) Coronel Rousset, *Le 4.º corps et l'armée de Metz*, página 198.

municiones, un informe transmitido muy á la ligera por el general Soleille, comandante de artillería, había inducido á error al mariscal, el cual había acogido, sin comprobarla, aquella noticia que, legitimando, al parecer, el regreso á Metz, le dispensaba de aventurarse en osadías demasiado superiores á su genio.

Aquella noche que para nosotros se señaló por una evolución tan extraordinaria, había transcurrido para nuestros adversarios en una ansiedad preñada de preocupaciones. Al ruido de los últimos disparos, el príncipe Federico Carlos había regresado á Gorze, en la creencia de que al día siguiente se libraría una batalla cuyo éxito no dejaba de inspirarle algún cuidado. Disponía únicamente del III.º cuerpo, extenuado á consecuencia de su labor prodigiosa, del X.º, muy mermado, de las divisiones 5.ª y 6.ª de caballería y de algunas fracciones de los cuerpos IX.º y VIII.º. ¡Cuál no sería el peligro si al amanecer caía sobre los debilitados prusianos todo el ejército de Bazaine, que contaba varias divisiones intactas ó poco menos! El príncipe transmitió sin pérdida de momento las instrucciones oportunas para que los contingentes dispersos se agruparan, ordenando que el IX.º cuerpo, que acababa de concentrarse, se reuniera al Norte de Gorze y que la guardia y el XII.º cuerpo marcharan sobre Mars-la-Tour. Al mismo tiempo, Moltke cuidaba de atravesar el Mosela el VII.º cuerpo y la porción del VIII.º que hasta entonces había permanecido en la orilla derecha. Una vez reunidos todos estos cuerpos, los alemanes tendrían en su superioridad numérica una prenda casi segura de éxito; pero si el IX.º cuerpo estaba cerca, en cambio había de transcurrir bastante tiempo antes de que el primer ejército acabara de pasar el río; y en cuanto á las tropas del XII.º cuerpo y de la guardia, distaban las unas 30 y las otras 38 kilómetros (3). Esto hacía que la situación de los prusianos fuera precaria durante algunas horas, tal vez las últimas en que podrían ser vulnerables.

A las primeras claridades de la aurora, el príncipe Federico Carlos, dominado por su espíritu de vigilante inquietud, volvió á Flavigny y subió á la colina en donde había estado durante la batalla; el sol, que asomaba en el horizonte, le permitió ver la serie de avanzadas francesas que coronaban las alturas desde Bruville hasta Rezonville, lo cual le hizo creer en la inminencia de un ataque; pero, en vez de éste, la luz del día, cada vez más intensa, le permitió ver que poco á poco los franceses desocupaban los campamentos, y aunque Rezonville continuaba ocupada, fuertes columnas se dirigían, al parecer, hacia Gravelotte. Los prusianos no se atrevieron á suponer que se trataba de una retirada, tan inverosímil les parecía ésta; por el contrario, creyeron que el enemigo les preparaba un lazo ó que regresaría bruscamente. En esto llegó el rey, cuando ya se había desplegado el IX.º cuerpo, cuya presencia constituía un precioso refuerzo, y al mismo tiempo se recibieron informes más concretos que, confirmando las anteriores noticias, disiparon toda inquietud. En la calzada de Verdún desfilaba la artillería francesa que se dirigía á Metz, y en el camino de Verneville escalonábanse grandes masas de infantería; y al enterarse de esto nuestros

(3) *La guerre franco-allemande*, tomo I, pág. 627.

adversarios, no sólo se tranquilizaron, sino que además se regocijaron y proclamaron como victoria la batalla de la víspera, puesto que los franceses con su retirada parecían confesar su derrota.

En tanto, proseguía nuestra marcha; las últimas tropas escalonadas se replegaban, y en una confusión lenta, todo el ejército se encaminaba hacia el Este. Penosos abandonos, destrucciones lamentables caracterizaron aquella retirada: una parte de las ambulancias establecidas en Rezonville quedaron allí abandonadas; y de las provisiones de toda clase descargadas la víspera y acumuladas en las cercanías de Gravelotte, se distribuyeron las que fué posible repartir buenamente y las demás fueron quemadas antes de dejar aquellos lugares. A la una, el 2.º y el 3.º cuerpo llegaron á los sitios designados en la orden de Bazaine, al mismo tiempo que Canrobert hacía alto junto á Verneville; en cuanto al 4.º cuerpo, que se había puesto en movimiento mucho después y que debía recorrer una etapa algo más larga, todavía se encontraba en los caminos de Montigny-la-Grange y de Amanvillers.

Los prusianos, hasta entonces parcos en enviar despachos, expedían á Berlín partes en que hablaban de sus victorias. Mas no bastaba consignar el triunfo; era preciso completarlo. Ya el I.º ejército había acabado de pasar el Mosela: el VII.º cuerpo llegaba á Ars y el VIII.º á Gorze; los sajones del XII.º cuerpo y los prusianos de la guardia real continuaban su larga marcha, habiendo dejado atrás Nonville los primeros y avanzando los segundos hacia Hageville, y debiendo muy pronto unos y otros terminar su etapa y distribuir sus acantonamientos entre Hannonville, Puxieux y Mars-la-Tour. Antes de que anocheciera quedarían concentrados siete cuerpos y tres divisiones de caballería, en condiciones de apoyarse mutuamente y de cooperar á una acción común. ¿Qué plan general presidiría en aquella acción? El ejército francés se retiraba evidentemente más allá de Gravelotte y de Verneville; pero se ignoraba si aquel movimiento significaba una retirada definitiva á Metz ó si, por el contrario, Bazaine, interrumpiendo su movimiento retrógrado y esquivándose mediante una marcha oblicua, intentaría escapar hacia Briey. La incertidumbre sobre este particular era tanto mayor cuanto que si bien el enemigo distinguía perfectamente nuestras posiciones más allá de Gravelotte, en cambio no sabía hasta dónde se extendía nuestra derecha y había perdido por este lado todo contacto con nosotros. El plan de Moltke, concebido con doble objetivo, había de tender á prevenir ambos designios. En la mañana del 18, el ejército del príncipe Federico Carlos, apoyado por el de Steinmetz, se extendería, dando frente al Norte, desde Rezonville hasta Ville-sur-Yron (1); si los franceses tomaban el camino de Briey, los esperarían, trataría de coparlos y acaso los rechazaría hasta la frontera belga ó luxemburguesa; si, por el contrario, Bazaine permanecía delante de la plaza, los alemanes, cambiando de frente y situándose de cara al Este, rebasarían las líneas del adversario, lo empujarían hacia Metz, y con aquella victoria iniciarían el bloqueo.

Desde la cima del monte Saint-Quentin, los vigías señalaban al Sur grandes columnas que se dirigían ha-

(1) Véase el mapa intercalado en la pág. 302.

cia el Oeste. Hacia la ciudad aflúan en gran número los campesinos arrojados de sus comarcas por la invasión y que por todas partes propalaban relatos terríficos. Muy cerca de nosotros, la vanguardia del VII.º cuerpo escalaba el barranco que sube de Ars hacia Gravelotte y aun empeñaba un ligero combate con la división Metman. A Bazaine tocaba reunir todos los informes y buscar en ellos inspiraciones para su conducta futura. Al salir de Gravelotte habíase dirigido el mariscal á Plappeville, desde donde había enviado al emperador un despacho dándole cuenta de la batalla de la víspera, y expedido luego al cuartel imperial al comandante Magnán. Además empleó su actividad en una serie de medidas diversas, tales como ordenar á los comandantes de cuerpos que fortificasen sus posiciones con obras defensivas, recomendar que se limpiaran las armas dejándolas en estado de servicio, y apremiar para que le remitieran las listas de bajas y las proposiciones para llenar las vacantes. En medio de estos cuidados, muy útiles, pero secundarios, difícilmente se discurrió en el comandante en jefe una idea capital. A pesar de su movimiento retrógrado, estaba resuelto á apartarse de Metz y conservaba la esperanza de conseguirlo? A juzgar por el telegrama dirigido al emperador, no había aún desistido de tal empresa por grandes que fueran las dificultades que á ella se oponían; en efecto, en aquel documento leíanse estas líneas: «Creo poder ponerme nuevamente en marcha pasado mañana, tomando una dirección más al Norte.» Además Bazaine enviaba á Chalóns al intendente Preval y le indicaba como centro de abastecimiento Longuyón (2), cual si quisiera asegurar de antemano las provisiones para su marcha. Pero ¿quién es capaz de profundizar en aquella alma complicada por exceso de cálculos, indecisa á consecuencia de la mediocridad de su genio, y abrumada cada vez más por la magnitud de los acontecimientos? Al propio tiempo, el comandante en jefe descubría todas sus secretas preferencias por una combinación subsidiaria que, lejos de interrumpir la retirada, había de darle carácter definitivo: en efecto, aquel mismo día 17, á eso de las cuatro, ordenó al coronel Lewal que convocara para el día siguiente á los jefes subalternos de Estado mayor y reconociera con ellos algunas posiciones que aproximarán al ejército á los fuertes y lo arrimaran, por decirlo así, á los glaciares de la plaza.

A las cinco de la tarde los alemanes, desde la orilla derecha del Mosela, dirigieron un violento fuego contra el fuerte Queulen y las murallas de Metz, á fin de disimular los grandes movimientos que se efectuaban en la otra orilla, precaución superflua desde el momento en que nuestro comandante en jefe sentía muy poca curiosidad por enterarse de los propósitos del enemigo. A las seis y media cesó aquel cañoneo. Hacía ya mucho tiempo que el 2.º cuerpo, el 3.º y la guardia estaban instalados en sus vivaques; el 4.º acababa de organizar el suyo, y únicamente Canrobert con sus fuerzas no había aún terminado su marcha. Este general, apenas llegado á Verneville, había juzgado que los lugares que le habían sido designados para acampar eran demasiado estrechos, y había temido además que

(2) *Procès Bazaine*, declaración del intendente de Preval (audiencia del 28 de octubre de 1873).

la aldea, completamente rodeada de bosques, se presentara por su situación á las empresas del enemigo; y habiendo expuesto sus temores á uno de los oficiales del Estado mayor general, había obtenido autorización para situar sus campamentos más hacia el Norte. A la caída de la tarde sus tropas comenzaban á instalarse en la prolongación del 4.º cuerpo, extendiéndose, en medio de lugares desconocidos y de las sombras de la noche, precipitadamente y no sin alguna confusión, desde los límites de Amanvillers hasta Roncourt. La posición principal era una aldea, hasta entonces desconocida y muy pronto famosa, que se llamaba Saint-Privat.

XVI

Salvo una pequeña alarma, la noche transcurrió tranquilamente. Al salir el sol, el ejército francés aparecía escalonado en las posiciones defensivas, desde las cuales había de sostener una de las batallas más grandes del siglo.

Ya hemos descrito esos sitios célebres. Al Oeste del valle de Chatel, más allá de la región cortada por barrancos y cubierta de bosques que rodea Metz, se destaca, de Sur á Norte, una línea de alturas que, comenzando encima de Rozerieulles, se extienden por Amanvillers y Saint-Privat hasta Roncourt, y descienden luego en dirección al Orne (1): en esta larga línea habíase escalonado nuestro ejército siguiendo las órdenes de Bazaine. En la extremidad meridional, el 2.º cuerpo ocupaba con la brigada Lapasset la colina que domina Rozerieulles, con la división Vergé las canteras y las granjas del *Point-du-Jour*, y con la división Bataille el lindero occidental del bosque de Chatel; delante de esta posición abríase el profundo barranco del Mance, al otro lado del cual, la carretera de Metz remontaba hacia Gravelotte. Al Norte, y en la prolongación del 2.º cuerpo, estaba situado el 3.º que, con las divisiones Aymard, Metman, Nayral y Montaudón, ocupaba la granja de *Moscou*, más abajo la de *Saint-Hubert*, y luego las de *Leipzig* y de *la Folie*. Enfrente se extendía el bosque de los Genivaux. Leboeuf había instalado su cuartel general en un punto culminante que en la comarca se denominaba el *Arbre-Mort*. El 3.º cuerpo estaba unido, por medio de la división Montaudón, al 4.º, que con la división Grenier ocupaba la vasta granja de *Montigny-la-Grange* y con la división Cisse la aldea de Amanvillers, y guardaba en reserva la división Lorencez. Delante de los vivaques de este cuerpo, es decir, al Oeste y en la dirección de Verneville, divisábanse varias granjas, *Chantrenne*, *l'Envie*, *Champenois*, y más lejos, los contornos cubiertos de matorrales del bosque de la Cuisse, que se prolongaban hasta la vía férrea de Verdún á Metz, entonces en construcción. Más allá de Amanvillers, el 6.º cuerpo formaba la extrema derecha: la división Levassor-Sorval se extendía al Sur de Saint-Privat y por el caserío de Jerusalén estaba en contacto con el 4.º cuerpo; alrededor y al Norte de Saint-Privat estaban formadas la división Lafont de Villers, la caballería del general Du Barail, que había sido puesta á la disposición de Canrobert, y un poco al Este, la división Tixier; y finalmente, el 9.º

(1) Véase el mapa intercalado en la pág. 302.

de línea, única unidad de la división Bissón, prolongábase hasta Roncourt. Detrás de estas posiciones había las oquedales y las canteras de Jaumont, que debían ocupar un lugar tan importante en los relatos caprichosos de los periódicos contemporáneos; delante, la meseta que cortaba de Este á Oeste la carretera de Metz á Briey descendía hacia la aldea de Sainte-Marie-aux-Chenes.

Tales eran las líneas defensivas que Bazaine, y tomándolo de él, muchos escritores militares, habían de llamar las *líneas de Amanvillers*: en ellas, como hemos visto, estaba escalonado todo el ejército, excepción hecha de la guardia, que el mariscal había dejado en Plappeville, de la reserva general de artillería, que se hallaba al pie del monte Saint-Quentin, y de unos diez regimientos de caballería que habían de permanecer todo el día amontonados en el barranco de Chatel. Estas posiciones eran muy desigualmente fuertes. En el ala izquierda, los lugares que ocupaban los franceses estaban protegidos en su frente por la profunda hondonada del Mance y en su flanco por los escarpes que descendían hacia el Mosela, y además hallábanse defendidos por los cañones del fuerte Saint-Quentin; esto hacía que Frossard y aun el mismo Leboeuf dispusieran de una posición casi inexpugnable. Mucho menos segura era el ala derecha: cierto que Saint-Privat ofrecía grandes ventajas para la defensa, pues sus grandes construcciones ofrecían preciosos abrigos, y además, al Oeste de la aldea, el terreno descubierto, suavemente inclinado hacia Sainte-Marie-aux-Chenes, formaba un verdadero glacis, de modo que cualquiera que intentase un ataque por aquel lado se exponería á una destrucción completa; pero, en cambio, en la dirección de Roncourt, ningún obstáculo natural protegía nuestro flanco, y un adversario audaz que dispusiera de fuerzas considerables podría conseguir envolvernos. Ahora bien, si el ala derecha cedía, toda la línea, sucesivamente quebrantada, se vería en la necesidad de replegarse.

Un jefe activo y vigilante habría compensado estas desventajas acumulando por el lado de Saint-Privat y de Roncourt hombres, cañones y trincheras; pero como si el azar presidiera á todo, hízose lo contrario. Cerca de nuestra ala izquierda estaban concentradas las reservas, que, en cambio, distaban ocho ó diez kilómetros de Saint-Privat; además el 6.º cuerpo, encargado de proteger nuestra ala derecha, era el menos fuerte. La prudencia habría aconsejado construir apresuradamente obras de campaña, y las fuerzas de ingenieros se reducían á dos compañías y faltaban herramientas; habría sido necesaria una artillería poderosa, y la mitad de las baterías se habían quedado en Chalóns, no disponiendo Canrobert más que de cincuenta y cuatro piezas y careciendo de ametalladoras; se habría necesitado mucha infantería, y una de las divisiones, la de Bissón, estaba reducida á un regimiento. Para colmo de desgracia, la llegada de la noche había obligado el día antes á hacer una instalación precipitada, de suerte que los sitios más peligrosos habían de ser también los menos explorados.

El príncipe Federico Carlos había pernoctado en Puxieux, y á las cinco de la mañana habíase encaminado á Mars-la-Tour y luego á Vionville, dando allí ór-

denes á sus lugartenientes. El segundo ejército debía proseguir su marcha de avance, teniendo por objetivo aislar al adversario de Verdún y de Chalóns y atacarle dondequiera que lo encontrase. Los sajones del XII.º cuerpo habían de formar la extrema izquierda, llevando atrás y á la derecha la guardia, la cual á su vez llevaría atrás y á la derecha el IX.º cuerpo; en segunda línea habían de marchar, á retaguardia de los sajones y de la guardia, el X.º cuerpo, y á retaguardia del IX.º el III.º. Los sajones debían dirigirse hacia Jarny, la guardia hacia Doncourt y el IX.º cuerpo había de dejar á su izquierda Saint-Marcel. Tales eran las instrucciones para el segundo ejército, que debía marchar hacia el Norte, pero volviendo hacia el Este si los franceses, desistiendo de escapar, se retiraban decididamente hacia Metz. En el primer ejército, que formaba el ala derecha, el VIII.º cuerpo se encaminaría á Rezonville y el VII.º, destinado á ser el eje del gran movimiento, permanecería en sus posiciones de la víspera.

Una precipitación excesiva podía comprometer todo aquel plan. Ahora bien, en la extrema derecha alemana, el VII.º cuerpo casi se tocaba con las tropas de Frossard y desde el amanecer habíanse oído algunos tiroteos en las vanguardias; además el temperamento del anciano Steinmetz, ardiente á pesar de su edad, aumentaba el peligro de un ataque prematuro. De aquí la orden expedida por el cuartel general mandando que el primer ejército se mantuviera en una actitud expectante. Podía ser que delante de Gravelotte y en las colinas del Mance la acción fuese reñida, encarnizada, sangrienta; pero, según las presunciones de Moltke, todo había de decidirse en la parte Norte.

A las nueve los sajones estaban en Jarny; los prusianos de la Guardia real, algo estorbados en sus movimientos por las columnas del XII.º cuerpo, llegaban á Doncourt; y el IX.º cuerpo, mandado por el general de Manstein y compuesto en parte de hessenses, se escalonaba en las inmediaciones de Saint-Marcel. Seguían luego el III.º y el X.º cuerpos. En el primer ejército, el VIII.º cuerpo subía desde Gorze hasta Rezonville. En la vasta meseta cortada por hondonadas, bosques y aldeas, que se extiende de Este á Oeste desde el barranco del Mance hasta las orillas del Yrón, movíanse 150.000 hombres.

Dos puntos, sin embargo, permanecían oscuros para el estado mayor alemán. Como por el lado Norte habían perdido los prusianos el contacto con las fuerzas francesas, estaban muy inclinados á creer que una parte del ejército de Bazaine maniobraba para retirarse ocultamente hacia Briey, y ciertos movimientos observados desde las alturas de Gravelotte en los campamentos de Frossard y de Leboeuf, fueron interpretados como indicios de una retirada que en aquella dirección efectuarían los franceses: tal era el primer punto oscuro. Pero aun descartando la hipótesis de una evolución hacia el Nordeste, subsistía otra incertidumbre: la configuración del terreno y el obstáculo de los bosques impedían apreciar la extensión de las líneas francesas, si bien la opinión general era de que nuestra derecha no llegaba más allá de Montigny-la-Grange y, en todo caso, no pasaba de Amanvillers.

No tardaron los alemanes en tener noticias casi exactas respecto de la supuesta retirada hacia Briey, pues

los reconocimientos practicados por los sajones, que exploraron toda la comarca hasta más allá de Valleroy, no descubrieron huella alguna de fuerzas francesas; y las patrullas de la guardia prusiana que llegaron hasta pasada Sainte-Marie-aux-Chenes, no encontraron fuerzas enemigas ni en la calzada ni en los caminos próximos. De estas exploraciones se dedujo, aunque no sin un resto de duda todavía, que Bazaine no evolucionaba hacia el Nordeste; en cambio, persistieron los alemanes en la creencia de que ni Saint-Privat ni Roncourt estaban ocupadas.

Puesto que, según todas las probabilidades, el ejército francés permanecía arrimado á Metz, había llegado el caso de ejecutar el cambio de frente preparado desde la víspera y que había de llevar del Norte al Este todas las fuerzas alemanas. Los sajones del XII.º cuerpo y á su derecha los regimientos de la guardia prusiana se dirigieron á Batilly, desde donde habían de continuar su marcha envolvente, remontando más ó menos hacia el Norte según fuese mayor ó menor la extensión, todavía desconocida, de las posiciones francesas. En cumplimiento de órdenes que podrían modificarse con arreglo á las circunstancias, el XII.º cuerpo llegaría á Sainte-Marie-aux-Chenes; en cuanto á la guardia, se orientaría hacia Saint-Ail y Habonville, para desde allí encaminarse á Amanvillers; el IX.º cuerpo avanzaría hacia Verneville, y en el ala derecha el primer ejército esperaría para entrar en acción á que lo hubiese hecho el segundo.

Los nuestros ocupaban, desde Rozerieulles hasta Saint-Privat, la línea de las colinas, siendo imposible que escapasen á su vista tan importantes movimientos. En el 2.º cuerpo, los partes de los reconocimientos indicaron desde la mañana las evoluciones del enemigo, y desde las alturas en que acampaba el 3.º cuerpo viéronse á las seis las tropas alemanas que evolucionaban de izquierda á derecha y parecían orientarse hacia el lado de Roncourt. A medida que fué avanzando el día, los exploradores del general Montaudón denunciaron la presencia de los prusianos en la carretera de Gravelotte á la Malmaison. En el 4.º cuerpo, la vigilancia no fué, al parecer, tan grande como en aquéllos; no obstante, fué señalado el enemigo hacia Verneville no sólo por una guardia principal, sino también por algunos soldados aislados que habían ido en busca de víveres. El 6.º cuerpo hallábase, á lo menos por la mañana, á gran distancia del enemigo, así es que los primeros informes recogidos por las gentes del país y por la caballería del general Du Barail no indicaron nada anormal (1); poco después, sin embargo, llegó el capellán de una de las divisiones que venía de Gorze y había pasado la noche entre los prusianos asistiendo á los heridos, el cual anunció un gran ataque (2); además, entre nueve y diez se supo que algunos exploradores enemigos habían aparecido en Valleroy y marchaban á lo largo de la orilla del Orne, y finalmente tívose noticia de que varias columnas alemanas, acompañadas de artillería, avanzaban hacia Batilly.

Bazaine, que estaba en Plappeville, se enteró por Leboeuf, probablemente á eso de las siete, de la proximidad

(1) *Procès Bazaine*, declaración Canrobert (audiencia del 21 de octubre de 1873).

(2) General Du Barail, *Mémoires*, tomo III, pág. 194.